

LA HERENCIA DE CAYETANO

Gustavo Adolfo Wyld
Departamento de Letras

No le dieron la vida, sino un costal de sombras. Tal vez haya sido un legado mezquino, pero de ese tamaño fue la herencia que recibió de sus padres. Después su hija Anara se encargó de malgastarla.

Ocupado en asuntos del gobierno, Cayetano padre anduvo de arriba abajo, trotando y tropezando por los pedregales de los cargos públicos, hasta que lo largaron del pueblo.

De cómo fueron las cosas el día en que su padre se fue al destierro, no supo nada. Solamente cuando su madre creyó que ya tenía suficiente edad como para entender las cosas, le dijo: "A tu padre lo botaron del pueblo, Cayetano. Es mentira que se haya ido por propia voluntad". Entonces, él se quedó ahí, pasmado, como si lo hubieran clavado en la tierra donde se paraba, como si no hubiera comprendido una palabra, tratando de asimilar el golpe de saberse huérfano sin serlo.

Crece bajo las enaguas de la madre no le hace bien a nadie. Al menos a él no le hizo ningún bien. Porque hay dos raíces de las que uno se agarra para poder vivir: una húmeda y blanda, para cuando al cuerpo le duele el alma; otra seca y dura, para cuando al alma le duele el cuerpo. El tuvo esa raíz primera, la de la madre; pero no fue acuosa ni tierna.

A falta de la guía materna, Cayetano debió acudir a sus amigos para entender las cosas de la vida, pero ¿cuánto iban a conocer la vida consejeros tan verdes como él?

Creció, pues, arrimado a los pareceres de gente extraña, tratando de averiguar hacia dónde fluía el río de los acontecimientos y si éste iba crecido o no. Después supo que los sucesos de la vida no corren como las aguas de un río, sino que soplan con fuerza dentro de uno como un viento negro.

A Cayetano, después de la muerte de su padre, le dio por la bebedera. La gente decía que era para suplir la ausencia del viejo, aunque él aseguraba que nomás era para no sentir tan feo como sentía y porque la existencia era muy dura como para enfrentarla sin nubes en la cabeza.

La pura verdad es que su árbol fue creciendo torcido, y más se torció cuando a su padre le dio por regresar al pueblo sólo para morir. Don Cayetano le mostró su cuerpo acosado por las tinieblas de la muerte. Sí, las sombras de la muerte porque, en su lecho de enfermo, le pedía a su hijo que se las espantara. El viejo le decía: "Por favor, Cayetano, no salgas del cuarto. Mira que cuando tú te vas - y señalaba un sitio al pie de su cama- regresan las sombras y se sientan a mirarme desde allí. Quédate tantito". Y él se quedaba ahí, espantándole las sombras a su padre. Pero una mañana en que Cayetano salió del cuarto para que entrara el cura confesor, las sombras volvieron y se lo llevaron para siempre. Eso fue lo único que heredó de su padre: las sombras.

Al caer un chorrito de años, su madre perdió la razón, de puro vieja que estaba. El no pudo comunicarse más con ella. Apenas si le decía en sus ratos lúcidos: "Oye, Cayetano, ¿sabes dónde dejé olvidada la memoria?". Después seguía con sus desvaríos hasta que por fin, con el rosario entreverado entre sus dedos, se calmaba y se le iba el tiempo desgranando cuentas y soltando Avemarías por el viento.

Pero cuando Cayetano oía a su madre preguntarle aquello, se afligía y comenzaba a buscarle la memoria. Le decía: "Dígame nomás por dónde anduvo, mamá. Si me lo dice, a lo mejor se la hallo". Y aunque la vieja nunca le respondía, él iba a buscarle la memoria por todos los rincones de la casa.

Cayetano se ocupaba de buscarle los recuerdos a su madre, no porque él también hubiera perdido el seso o estuviera borracho, sino porque pensaba que a lo mejor ésa era la única forma de entablar plática con ella. Sin embargo, la anciana regresaba al convento de su senilidad y el hijo se quedaba dando más vueltas que una hormiga por la casa.

Muchas veces se había preguntado si a él, igual que a su padre, no lo habrían desterrado al país de la penumbra. Porque a su padre las sombras le bailaron por fuera y a su madre por dentro. ¿Dónde

era, pues, que habitaba? Nomás se había pasado la vida tratando de espantar sombras ajenas.

Eso de quedarse incomunicado por el asedio de las tinieblas de la vida y de la muerte no le hace gracia a nadie. A Cayetano nunca le hizo gracia. Y niebla era también la que le levantaba el alcohol en su cabeza: bebía para no sentir la vida y para disipar nubes ajenas al soplo de su propia nube.

-Uno tiene que defenderse de las cosas turbias -le dijo un día Cayetano a su amigo Gaudencio-; por eso, Dencho, me amarraré con la Orfelina.

-No te ates, Cayetano -le aconsejó Gaudencio- Ya con la niebla que se te alza en la cabeza es suficiente. Vas a cargar con otra sombra. ¿Para qué le buscas pelos a la rana?

Pero se ató. Cayetano se buscó más sombras porque la Orfelina era la pura negrura por dentro y por fuera. Ahora tenía que acarrear la carga que ella iba tirando y buscarle correctivo a su ponzoña.

Tuvieron dos hijos. Ella, la Felina, los cuidó y amaestró a su conveniencia. Sabía cuánto amaba Cayetano a su cría y que era capaz de morir por los cachorros. Por eso fue que los amaestró: para manejarlo a través de ese amor que él sentía por los hijos. Cayetano se preguntaba qué ganaría su mujer con tanto rodeo como le daba a las cosas. "¿Por qué la Felina, cuando quiere algo de mí, no me lo pide de frente?", pensaba.

Por más vueltas que le dio al asunto, nunca pudo entender a la Orfelina. Era la viva oscurana. Cuando hablaba, Cayetano tenía que averiguar lo que había detrás de sus palabras. Una vez dijo:

-Mira, Cayetano. Tienes que ayudarme a educar a los hijos. Andan muy malcriados conmigo.

Cayetano, contento de haberla oído pedir ayuda, tomó sus providencias y reunió a la enclenque tribu.

-Oigan, muchachos -les dijo-. Tienen que respetar a su madre y obedecerla.

-¿Aun cuando haya injusticia? -preguntó Aurelio, su hijo mayor.

-Aun cuando te pida que le busques la memoria -le respondió Cayetano.

Entonces fue cuando le vino un llanto largo al muchacho. Cayetano, con el corazón anudado, le preguntó qué pasaba; pero el Aurelio sólo hacía crecer el aullido.

Tiempo más tarde, antes de que la Anara le quitara el habla, Cayetano se enteró por ella de que Orfelina le había pedido al Aulo que lo matara a él, su padre. "Yo oí cuando mamá se lo pidió", le dijo.

Cuando Cayetano increpó a la Orfelina, ella dijo que la comedia del Aulo y la calumnia de la Anara confirmaban el irrespeto de los hijos y le daban razón del tamaño de su odio. Dijo: "Mira, Cayetano: tú nunca te ocupaste de educar a los hijos; por eso es que se maleó el Aulo". Y ahí quedó la cosa porque la Felina no quiso hablar más del asunto.

Aurelio, desde la vez en que soltó su llanto de coyote, nunca volvió a hablar con nadie. Se quedó mudo hasta el día en que lo mataron. Varios días después del llanto de su hermano, la Anara no volvió a dirigir palabra a Cayetano. Sólo lo veía de reojo, con un hondo rencor. Tal vez por consejo de la madre, la Anara lo culpaba de la mudez del Aulo.

Cayetano decidió morir el mismo día en que balearon al Aurelio. Los enterraron uno al lado del otro. Quizás Cayetano había muerto desde el día del llanto de su hijo, desde que a su madre le dio por dejar olvidada la memoria. O tal vez antes: desde que le espantaba las sombras a su padre.

La cuestión es que Cayetano heredó de sus padres un costal lleno de tinieblas, y él, sin proponérselo, lo dejó a la Anara, su hija. Ella se encargó de malgastar la herencia tratando de espantarle las sombras a Orfelina.